

CONFERENCIAS DE JUAN MARICHAL
EN HARVARD UNIVERSITY¹

CLASE # 14 del Curso de *Humanities 55*:

QUEVEDO

Vamos a ocuparnos hoy de Francisco de Quevedo (1580-1645), el escritor español más admirado por Borges que escribió lo siguiente: “Trescientos años ha cumplido la muerte corporal de Quevedo, pero éste sigue siendo el primer artífice de las letras hispánicas. Como Joyce, como Goethe, como Shakespeare, como Dante, como ningún otro escritor, Francisco de Quevedo es menos un hombre que una dilatada y compleja literatura”.²

No tiene razón Borges al colocar a Quevedo por encima de Cervantes, pero sí es, desde luego, un escritor que ha sido gran señor de la palabra. Quevedo empezó su vida intelectual activa en 1599 cuando se graduó de bachiller en artes de la Universidad de Alcalá, fecha significativa porque en 1598 había muerto Felipe II. Quevedo había nacido en Madrid, casi en el Palacio Real, pues su padre era uno de los secretarios reales y estudió en el famoso Colegio Imperial de la Compañía (mejor conocido hoy como el Colegio de San Isidro), en el cual estudiaron tantos escritores madrileños. Se sintió siempre muy unido a los jesuitas: “llevo a la compañía dentro” decía y, en cierta medida, el drama intelectual de

¹ Estos son los textos desgrabados de las conferencias que daba Juan Marichal en Harvard University en el *primer* semestre de su curso legendario denominado “Humanities 55: La Literatura de los Pueblos de Lengua Española,” hacia 1970: este curso introductorio para alumnos de todas las carreras del primer año universitario, lo dictó en castellano durante los decenios de 1960 hasta mediados de los años de 1980. El trabajo de grabar y desgrabar fue realizado en su tiempo por Tina Biers y el texto ha sido revisado por Carlos Marichal Salinas.

² Citado en Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones (Other Inquisitions*, Washington Square Press, (1945).

Quevedo –el drama barroco de Quevedo– es semejante al de tantos jesuitas. Ese drama era ser intelectualmente la avanzada moderna, la vanguardia de la Iglesia católica, pero al mismo tiempo era la avanzada militante de la iglesia, la orden más combativa.

Decíamos el otro día que los jesuitas empleaban los nuevos instrumentos intelectuales, pero defendían las ideas tradicionales. Recordemos en este sentido que a pesar de que los jesuitas criticaban la filosofía política de Maquiavelo, eran casi más maquiavélicos que los maquiavelistas: el fin justifica los medios, decían. Pero esto implicaba un drama, una tensión interior muy grande y debe relacionarse con lo que representa Quevedo, con su propia tensión interna. Ortega dice que Quevedo pertenece a la que él llama la generación de los “retorcidos” que en castellano tiene dos sentidos: mala intención o sinuosidad y, también el sentido mecánico de retorsión. A esto apuntaba Malraux cuando hablaba de la violencia contenida en el barroco, de los barrocos girando sobre sí mismos. El drama del intelectual español como Quevedo consiste en ser a la vez muy moderno en su tiempo y, sin embargo, muy tradicional.

Por eso quizás se decía en su época que Quevedo era un varón de muchas almas, porque pocos escritores han sido tan amplios y, a la vez, se han movido en tantos niveles. En Quevedo encontramos el nivel más bajo y el más alto, el más vulgar y el más espiritual. Sólo hay un poeta comparable en esa multiplicidad de niveles que es Pablo Neruda y quizás ello explica que haya escrito ese prodigioso ensayo titulado *Viaje al corazón de don Francisco de Quevedo*. No podemos ocuparnos de todas las almas de Quevedo, pero sí debemos apuntar a dos características centrales suyas: su dominio único de la lengua castellana y su profundidad intelectual y moral. Se puede decir que Quevedo es el poeta metafísico del barroco como Góngora es el poeta que podríamos llamar ornamental sensorial del barroco. Quevedo es el poeta/pensador y poeta/ intelectual,

lo cual también ayuda a explicar que fuera natural que se ocupara de editar la poesía de Fray Luis de León.³

El pensamiento de Quevedo se cifra en un sentimiento trágico de la vida, en una visión de la vida como camino hacia la muerte: el hombre desde que empieza a vivir empieza a morir; los pies empiezan a andar y esto es vivir, pero también morir. Vean ustedes cómo utiliza la famosa metáfora de Manrique: “mi vida oscura, pobre y turbio río, que negro mar con altas ondas bebe”. Este sentimiento también se expresa de manera extraordinaria en el soneto que dice: “Ayer se fue, mañana no ha llegado...”.

Todo esto no puede dejarse de relacionar con el sentimiento de Quevedo que España es un país que está decayendo, como lo dice en el soneto que dice: “Miré los muros de la patria mía... Todo recuerdo de la muerte.” Es decir, en Quevedo hay una desesperación creciente al ver que España no tiene una política moderna. Cuando se une al Duque de Osuna, virrey de Nápoles, un gran aristócrata, pero sobre todo un gran maquiavélico y gran diplomático, tiene un momento de esperanza, pero Osuna es llamado a España y morirá en prisión. Quevedo es el intelectual que se une a esa gran aristocracia que gobierna desde 1598, pero tendrá que defenderse luego en su encarcelamiento entre 1639 y 1643, acusado por el conde-Duque Olivares, ante Felipe II de ser traidor: enfrenta, entonces, a los confesores en San Marcos de León, y muere, poco después, en 1645.

¿Qué es lo que nos dice Quevedo sobre el rey y los burócratas? Veamos un texto fundamental de Quevedo que dice:

³ Quevedo fue el primer editor de las poesías de Fray Luis de León, en una obra que se publicó en Madrid en 1631.

... las monarquías con las costumbres que se fabrican se mantienen. Siempre las han adquirido capitanes, siempre las han corrompido bachilleres... los ejércitos, no las universidades, las ganan y defienden... Las batallas dan reinos y coronas, las letras grados y borlas...

Aquí opera manifiestamente el desprecio de Quevedo, tan reiterado en su obra, por los hombres que “saben”, pero no “hacen”, desprecio que lo enlaza curiosa y quizá lógicamente con la tradición intelectual posterior de exaltación de la acción. La oposición de Quevedo a los letrados se precisa, y cobra un significado histórico concreto en el párrafo siguiente al anterior. Dice Quevedo:

... En empezando una república a señalar premios a las letras... se honra la astucia, se autoriza la malignidad y se premia la negociación; y es fuerza que dependa el victorioso del graduado, y el valiente del doctor, y la espada de la pluma...

Como vemos, el tópico empieza a *quevedizarse*: el escritor utiliza el acoplamiento con términos opuestos de victorioso/graduado, valiente/doctor, letras/astucia, letras/ negociación, y apunta visiblemente a la pasión personal que encierran, y al origen de ésta, al recuerdo dolorido del héroe. Porque sin duda alguna Quevedo identificaba al duque de Osuna con la valentía que se traduce en victorias, y a sus enemigos de la Corte con la “negociación”, equivalente a malignidad y astucia.

Quizá la característica más llamativa de Quevedo consiste en su gran variedad expresiva tanto en la poesía como el ensayo, la sátira o la novela. En este constante viaje de exploración de formas descubrimos la profunda inquietud del escritor. Debemos verla como la expresión de un

drama histórico y de una encrucijada porque Quevedo es un ser dividido, un ser con dos caras que miran hacia dos lados de la existencia humana, porque el hombre mira hacia su tiempo, hacia su temporalidad y hacia la tierra y al mismo tiempo mira hacia la eternidad, hacia el cielo: el hombre es, por esencia, un ser con una radical dualidad. Hay así en Quevedo una tensión y una angustia que no encontramos en Góngora, que no encontramos en otros escritores esa época y, por eso, podemos decir que es quizá el escritor más representativo de su tiempo, porque en su tiempo aparece la conciencia trágica: la conciencia de la división del hombre, de la dualidad del hombre.

En efecto, es posible decir que en esa conciencia está el comienzo de lo que se llama la modernidad. Ahí está la encrucijada en la cual comienza el mundo moderno y los “modernos” escogen el camino de la temporalidad del hombre, de la condición terrenal del hombre –y se dedican al mundo de “tejas abajo”, una expresión quevedesca. Ahí está el verdadero comienzo de lo que se llama la revolución científica, de la ciencia moderna, y Quevedo representa muy dramáticamente esa encrucijada e, inclusive, puede decirse que es esa encrucijada: no puede escoger un solo camino pero, no puede renunciar a los otros caminos y esto es, a la vez, un comienzo y una conclusión.

También podemos así decir que Quevedo fue un espejo de su tiempo y muy especialmente del drama de esa España que quería ser, a la vez, nueva y tradicional. En gran medida era como una especie de callejón sin salida ya que Quevedo no podía ser tan tradicional como él quería, siendo tan intelectualmente moderno: era un inquieto, pero no se atrevió a romper con las creencias tradicionales. Esto, por otra parte, es quizás el drama de la Europa católica barroca.

Agreguemos que en Quevedo hay algo muy *unamuniano* porque es un agónico, un “escritor agonista”, pero que no quiere serlo. Podemos decir que a Quevedo le faltó lo que da esa fuerza a la agonía de Unamuno: la vida como lucha entre la fe y la razón. Quevedo se queda así en el pórtico de la nueva Europa y como otros intelectuales españoles no puede encontrar su camino. Pero, ahí está presente siempre, con su profundo retorcimiento en esa encrucijada. En esa angustia, Quevedo quiere ser casi como Dios, diríamos, pero no se atreve a decirlo como lo dirá Unamuno, ser Dios como escritor, porque no puede. Veremos también más adelante que Unamuno es un escritor muy quevedesco, muy quevediano. Quevedo siente que Dios es el único ser que ve el ser: es la única persona que ve el ser de las cosas, y el percatarse de ello es como acercarse a Dios, es como si el hombre llegara a tener eternidad rompiendo el parecer, rompiendo las apariencias.

Quevedo escribe esta frase que se parece mucho a otras frases de Unamuno: “Si fuéramos como animales”, –es decir, si los hombres no tuviéramos eternidad posible, Quevedo escribe esta frase extraordinaria–, “habíamos de fingirnos eternidad a nosotros mismos.” Esto tendrá importancia, como veremos luego en relación con Unamuno cuando utiliza una frase de la novela *Oberman* de Senancour:⁴ “Si no hay eternidad hagamos que sea una injusticia”. Pues esto es más o menos la misma frase. ¿Y qué es el arte? El arte es precisamente esta lucha del hombre para fingirse eternidad. ¿Y cómo se acerca a esa eternidad? Precisamente rompiendo las apariencias.

Ahora, esto lleva a que el arte de Quevedo sea un arte hasta cierto punto destructor, o por lo menos podríamos decir un arte burlón. Quevedo se está burlando porque al juez le dice “Ud. no es un juez, es un ladrón”; y

⁴ La novela *Oberman* de Etienne Pivert de Senencour, fue publicada en 1804.

entonces quizás el ladrón sea más bueno que el juez. Es decir, Quevedo está siempre quitando las apariencias de las cosas y esto le lleva a la caricatura. Quevedo no es un constructor como Cervantes porque en su prosa tiende a la caricatura, a romper las apariencias de las cosas. Como un paréntesis, señalo esto nada más: Cervantes era un gran creador porque era un hombre de una gran fe –como ustedes ya lo saben– pero tenía un gran miedo a tocar las palabras. Cervantes no rompe apenas una palabra. No hace lo de Góngora, pero no hace tampoco lo de Quevedo. No reviste las cosas con otras palabras y, sobre todo, nunca rompe una palabra porque es como si pensara que para construir no se pueden romper las palabras.

El arte de Quevedo consiste en montones de bromas, de chistes y de juegos de palabras, tanto en su poesía como en su prosa. Hace cosas con la lengua española distintas a las de Góngora que son completamente suyas. Nadie se ha atrevido a hacer lo mismo que hace Quevedo cuando al principio de su novela, *El buscón*, escribe: “El era un clérigo cerbatana”. Cerbatana son esos tubos muy finos con que se tira una flecha, lo que sugiere que está describiendo un clérigo muy flaco. Esto puede parecerles a ustedes una cosa muy normal, pero esto no se hace en español: en español no hay aposición porque se trata de un sustantivo. Es cierto que en inglés no es infrecuente la aposición, al colocar un sustantivo después de otro, pero en español esto no lo ha hecho nadie más que Quevedo. Se siente tan dueño del español que hace una aposición nominal sustantiva que va en contra de la gramática en español y nadie lo ha hecho después. A Quevedo lo he llamado el gran señor de la palabra castellana porque en realidad es el hombre que la domina completamente y hace lo que quiere con el idioma.

Lo que nos sorprende en el arte de Quevedo, en contraste con el de Góngora, es que es un poeta y prosista que se mueve en todos los niveles. Solamente en Quevedo encontramos a un escritor que pasa de la cima de

la poesía a la cima de la poesía. En Quevedo encontramos la poesía amorosa, por ejemplo, más extraordinaria de la poesía española. Sus versos amorosos son –se puede decir– incomparables, y, sin embargo, este hombre también baja al más bajo nivel y es capaz de escribir la poesía más prostibularia y más vulgar de la poesía española. Es decir, Quevedo puede estar en el alto nivel platónico y luego bajar al más bajo nivel. Como dijimos, solamente hay un poeta comparable a Quevedo, un poeta de nuestro tiempo, Pablo Neruda, que ha escrito cien sonetos de amor extraordinarios, pero también una poesía totalmente prostibularia. Al hablar de Neruda en el semestre próximo, veremos que su gran admiración es la poesía de Quevedo y si alguno de ustedes tiene ocasión de leer el “*Viaje al corazón de Don Francisco de Quevedo*” de Neruda, que es un ensayo extraordinario, verán que revela mucho sobre ambos poetas. ¿Por qué? ¿Qué es lo que hay en Quevedo? Quevedo es lo contrario de Góngora, aunque quizás sea igualmente barroco, pero está dominado por una especie de frenesí por la vida, una especie de pasión por la vida.

Es decir, Quevedo viene a representar lo que decía Albert Camus, el gran escritor francés, que caracterizaba el arte español: pasión por la vida, y al mismo tiempo desesperación ante la vida. Amor y odio a la vida, combinados los dos. Quevedo quiere vivir toda la vida en todos sus niveles, pero al mismo tiempo, escribe preso de una gran desesperación. Quevedo realmente es el barroco que se acerca a la libertad, pero lleno de una profunda angustia. Además, la suya es una actitud completamente diferente a la de Góngora porque para Góngora, el arte poético es revestimiento, revestir, ornar. En Quevedo es desnudar: es romper las palabras, no cubrirlas y ver lo que hay en el interior de las palabras. Por eso es natural que Góngora y Quevedo fueran completamente opuestos. Para Quevedo la vida es un parecer, no es un ser, porque las cosas parecen lo que no son. Y por eso hay que romper las palabras y las cosas, para encontrar la realidad.

Es importante que tengamos presente que Quevedo como poeta se ha redescubierto esencialmente en nuestro tiempo. Fue sobre todo después de la Guerra Civil en España que se despertó la inquietud –tanto entre los victoriosos como entre los derrotados y entre todos los que participaron en la catástrofe– la inquietud y necesidad de leer libros que decían la verdad: había que buscar una verdad humana. Y Quevedo fue un descubrimiento para mucha gente, sobre todo lo que podríamos llamar los sonetos morales como este extraordinario:

**REPRESÉNTASE LA BREVEDAD DE LO
QUE SE VIVE
Y CUÁN NADA PARECE LO QUE SE VIVIÓ**

"¡Ah de la vida.!" ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido!
La Fortuna mis tiempos ha mordido,
las Horas mi locura las esconde.
¡Que sin poder saber cómo ni adónde
la salud y la edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.
Ayer se fue, mañana no ha llegado;
hoy se está yendo sin parar un punto:
soy un fue, y un será, y un es cansado.
En el hoy y mañana y ayer, junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

Es un poema de una intensidad moral permanente y no importa que se haya escrito en el siglo diecisiete. Francamente no podemos leer a

Góngora con esa sensación, pero si podemos sentir a Quevedo, en cambio, muy cerca de nosotros. El, que se preocupaba tanto del tiempo, sigue siendo hombre de nuestro tiempo, y quizá pueda seguir siendo hombre de todos los tiempos.

Pero, sin duda, lo más permanente de Quevedo y lo más universal de su pluma es la poesía amorosa. Decíamos, que este escritor es varón de muchas almas y una de estas es la amorosa. El amor es en Quevedo el vencedor de la muerte: la vida es un camino hacia la muerte, pero el amor vence a la muerte. Todos deben leer el soneto suyo "*Amor constante más allá de la muerte*" que termina con los versos: "Su cuerpo dejarán no su cuidado, serán ceniza más tendrán sentido. Polvo serán más polvo enamorado". Podríamos decir que el polvo de Quevedo sigue siendo polvo vivo.

Aquí siguen una serie de textos de Quevedo que Juan Marichal incluyó en los anexos a la desgrabación... que eran textos relevantes que quería que leyeran los alumnos del curso.

Amor constante más allá de la muerte*

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansiosos lisonjera;

mas no, de esotra parte, en la ribera, 5
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respecto a ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado, 10
medulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, más polvo enamorado.

Heráclito cristiano (1613)

Salmo XVIII

Todo tras sí lo lleva el año breve
de la vida mortal, burlando el brío
al acero valiente, al mármol frío,
que contra el Tiempo su dureza atreve.

Antes que sepa andar el pie, se mueve
camino de la muerte, donde envió
mi vida oscura: pobre y turbio río,
que negro mar con altas ondas bebe.

Todo corto momento es paso largo
que doy, a mi pesar, en tal jornada,
pues, parado y durmiendo, siempre aguijo.

Breve suspiro, y último, y amargo,
es la muerte, forzosa y heredada;
mas si es ley, y no pena, ¿qué e aflijo?

Parnaso, 75, b. Con un epígrafe que
hemos suprimido “Que la vida es siempre
breve y fugitiva”. Añade González de
Salas: “Concluye el discurso con una
sentencia stoica”.

A las cenizas de un amante puestas en un reloj

Soneto

Obstentas, ¿oh felice!, en tus cenizas,
el afecto inmortal del alma interno;
que como es del amor el curso eterno,
los días a tus ansias eternizas.

Muerto del tiempo, el oren tiranizas,
pues mides, derogando su gobierno,
las horas al dolor del pecho tierno,
los minutos al bien que immortalizas.

¿Oh milagro! ¿Oh portento peregrino!
Que de lo natural los estatutos
rompes con eternar su movimiento.

Tú mismo constituyes tu destino
pues por días, por horas, por minutos,
eternizas tu propio sentimiento.

**Al polvo de un amante que en un reloj de
vidrio servía de arena a Floris, que le abrasó**

Este polvo sin sosiego,
a quien tal fatiga dan
vivo y muerto, amor y fuego,
hoy derramado, ayer ciego,
y siempre en eterno afán;

éste fue Fabio algún día,
cuando el incendio quería
que en polvo le desató,
y en el vidrio amortajó
la ceniza nunca fría.

A tal tormento tu amante
destinas, Floris traidora;
pues, ya polvo caminante,
corre el día cada hora,
y la hora cada instante.

Quitóle tu crueldad,
dándole así monumento,
mal desmentida en piedad,
con vidrio y con movimiento,
quietud y seguridad.

Reloj es el que yo vi
idolstrar tus auroras,
Floris, cuando me perdí;
no cuentas por él las horas,
sino sus penas por ti.

¡Oh horrible beldad a quien
te mira, si arde también!,
pues su penar eternizas,
Y después de las cenizas
vive aun, Floris, tu desdén.

Quevedo, *Historia de la vida del Buscón*: extracto del capítulo IV:

“Entramos primer domingo después de Cuaresma en poder de el hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. El era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir para quien sabe el refrán que dice, ni gato ni perro de aquella color. Los ojos, avicinados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos; tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; las barbas, descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanos y vagamundos se los habían desterrado; el gazzate, largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer, forzada de la necesidad;

Quevedo, *De la cuna a la sepultura*, extracto del capítulo IV:

“¡Qué ocupadas están las universidades en enseñar retórica, dealéctica y lógica, todas artes para saber decir bien! Y ¡qué cosa tan culpable es que no haya cátedras de saber hacer bien, y donde se enseñe! Los maestros, según esto, enseñan lo que no saben, y los discípulos aprenden lo que no les importa; y así nadie hace lo que había de hacer, y el tiempo mejor se pasa quejoso y mal gastado, y las canas hallan tan inocente el juicio como el primer cabello, y la vejez se conoce más en las enfermedades y arrugas que en el consejo y prudencia. Pocos son los que hoy estudian algo por sí y por la razón, y deben a la experiencia alguna verdad; que cautivos en las cosas naturales de la autoridad de los griegos y latinos, no nos preciamos sino de creer lo que dijeron; y así merecen los modernos nombre de creyentes como los antiguos de doctos. Contentámonos con que ellos hayan sido diligentes, sin procurar ser nosotros más que unos testigos de lo que ellos estudiaron. Cualquier cosa que Aristóteles o Platón dijeron en filosofía, defendemos, no porque sabemos que es así, sino porque ellos lo dijeron; y aún los más no saben eso, sino que oyen decir, o leen en otros que lo dijeron ellos.

Sea que estés versado en todos los libros de generación, alma y cielo y meteoros, y que sabes defender todas las cuestiones problemáticamente, dime: ¿de qué te puede aprovechar a ti saber si la generación es alteración, y si a la alteración se da movimiento; si la materia prima puede estar sin forma o no, y qué es, y cuál; y toda la confusa cuestión de los indivisibles y entes de razón y universales, siendo cosas imaginarias, y fuera del uso de las cosas no tocantes a las costumbres ni república interior ni exterior, universal ni particular, y que cuando las sepas, no sabes nada que a ti ni a otro importe a las mejoras de la vida, si bien sirven a la cuestión escolástica?”

Acaba de persuadirte a que dentro de ti mismo tienes que hacer tanto, que aún, por larga que sea tu vida, te faltará tiempo.